



**DETLI**

Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales  
Dirigido por Miguel Ángel Garrido Gallardo  
ISBN 978-950-585-116-4



UNION  
ACADEMIQUE  
INTERNATIONALE

## Diccionario Español de Términos Literarios Internacionales



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Madrid, 2015

**copista.** El que copia. Del lat. *copia*: abundancia (ing. *copyst*, fr. *copiste*, it. *copista*, al., *Abschreiber*, port. *copista*).

*Escriba que reproducía a mano un texto o un documento, normalmente por encargo de otras personas o instituciones, pero también a veces por propia iniciativa para uso y provecho personal.*

La producción del texto escrito a mano se extiende propiamente desde los más remotos testimonios de la antigüedad hasta la segunda mitad del siglo XV, cuando aparece la imprenta de tipos móviles. Aunque manuscritos ha habido y hay lógicamente en todas las épocas, durante aquel largo período la escritura a mano fue el único modo de producción del libro.

La labor del copista ha tenido distinto grado de importancia según las épocas y sociedades. En el antiguo Egipto, el escriba era altamente considerado, pues era el que dominaba la escritura jeroglífica, cuyo conocimiento era necesario para los dirigentes y al que pocos tenían acceso. Por eso era un oficiopreciado, elitista, que proporcionaba una relevante posición administrativa y social. El escriba trabajaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, y utilizaba como soporte el papiro, elaborado tras un complicado tratamiento de aquella planta. Menos relevancia tuvo el copista en la antigüedad clásica, en Grecia y Roma, donde el acceso a la escritura, adoptado el alfabeto fenicio, estuvo más extendido. La producción y comercio del libro fue también más intensa progresivamente, y la lectura fue una afición privada, pero también fue impulsada institucionalmente por academias y bibliotecas. El copista y el librero (ambos llamados *librarii*) fueron los responsables de la producción y el comercio del libro, que continuó elaborándose mayoritariamente en rollos de papiro. El copista estaba al servicio de su señor, para cuya biblioteca particular ejecutaba la copia, o estaba adscrito a una academia o biblioteca y hacía copias para uso de sus miembros, o trabajaba en el taller del librero, que comerciaba con el libro.

En la Edad Media, la producción del libro manuscrito estuvo primero concentrada en los monasterios y luego pasó a desarrollarse en las ciudades, donde surgió un verdadero mercado del libro. Tras la caída del imperio romano en el siglo V, la producción de libros encuentra refugio en los monasterios de Occidente y queda reducida a una actividad no lucrativa, llevada a cabo por los monjes. La copia de manuscritos será una actividad bendecida por la Regla de San Benito,

que promueve el trabajo manual y recomienda la lectura a lo largo de distintas horas del día, especialmente en Cuaresma.

Buen número de monasterios dispondrán de un taller de copia de manuscritos, el *scriptorium*, casi siempre instalado en una sala que da sobre el claustro. Allí los escribas trabajan bajo la dirección del *armarius*, el monje encargado de la biblioteca. Los copistas, los iluminadores, los correctores o los encuadernadores son quienes principalmente colaboran en la composición del manuscrito. Los utensilios que habitualmente utilizaba el copista eran la pluma o péñola (*penna*), el raspador (*rasorium* o *cultellum*) y la tinta (*atramentum*). La péñola la sujetaba con la mano derecha y el raspador con la izquierda, el cual le servía tanto para corregir los errores en la escritura como para subsanar las irregularidades, arrugas o desperfectos del pergamino, vitela o papel, este último usado en Occidente a partir del siglo XIV.

A menudo se copia un modelo prestado por otro monasterio y muchas veces los copistas deben trasladarse a aquel lugar para reproducir un ejemplar único. En ocasiones, los escribas se reparten el trabajo por cuadernos, y el manuscrito puede revelar entonces la existencia de varias manos que han colaborado en él. El jefe del taller reúne los cuadernos redactados por los copistas, corrige sus errores añadiendo las palabras olvidadas o subrayando los términos erróneos, al tiempo que encarga la decoración a los iluminadores, clérigos o laicos.

El acto de la escritura en la Edad Media --cuando se copiaron numerosos textos de la antigüedad y todos los de las nacientes literaturas-- era un menester pesado y fatigoso. Los copistas solían decir que era un trabajo en el que participaba todo el cuerpo, aunque sólo tres dedos escribieran ("*Scribere qui nescit nullum putat esse laborem; / tres digiti scribunt, totum corpusque laborat*"). La tarea, como sabemos por las miniaturas de la época, se realizaba en una postura incómoda, inclinado el cuerpo y apoyando una tablilla sobre las rodillas. Solía prolongarse durante muchas horas, en condiciones precarias, con poca iluminación, frío y escasos alimentos. En ocasiones, quizá para mayor rapidez y más pronta satisfacción de la demanda, la copia se realizaba por el sistema de *pecia*, distribuyendo el ejemplar en cuadernos o fascículos y repartiéndolos entre diferentes copistas, lo que permitía que todos trabajaran al mismo tiempo en la misma obra, emprendiendo cada uno su trabajo por distinto lugar del texto. Ese será el sistema que, ante la demanda por el número de estudiantes, utilicen pronto las universidades, promovido y supervisado por sus comisiones de *petiarii*.

## Copista

Realizada la copia, de manera individual o colectiva, el texto era revisado por el propio copista o por el director del taller o *scriptorium*, quienes introducían de otra mano las correspondientes correcciones. Se pasaba luego a la tarea de rubricar los títulos y encabezamientos y, muchas veces, a iluminar e ilustrar con miniaturas las letras iniciales o capitales. Cerraba el proceso la encuadernación del libro, momento también muy importante en el proceso, pues no se escribía directamente sobre el libro encuadernado sino sobre los pliegos doblados dispuestos en cuadernos que después se cosían por la parte del pliegue.

Luego de las primitivas y espléndidas copias de los monjes irlandeses de los siglos VI y VII, la época de Carlomagno supuso una auténtica edad dorada para el libro manuscrito, copiado ahora en una letra clara y legible, como fue la llamada escritura carolina. El emperador dispuso que monasterios y catedrales estuvieran dotados de los textos fundamentales de la Biblia, la Patrística y los clásicos latinos. De esa manera, monasterios como Ferrières, Saint-Benoît-sur-Loire, Saint-Denis, Saint-Amand, Tours con Alcuino (796-802), Reichenau, Saint-Gall en Suiza, y las catedrales de Orleans bajo el episcopado de Teodulfo o la de Reims bajo el arzobispo Hincmar (845-882) y las de Colonia y de Maguncia, pasaron a ser grandes centros de copia y de iluminación de manuscritos.

Con las invasiones de los normandos, que saquearon y destruyeron numerosos monasterios, se paralizó un tiempo la producción del libro manuscrito. Del siglo XI al XIII, sin embargo, por exigencias de la vida monástica y la fundación de nuevos cenobios, se producirá un crecimiento constante de la copia de obras manuscritas. En todos los monasterios benedictinos habrá un número de libros suficiente para asegurar el servicio religioso, por lo que cada comunidad deberá poseer al menos un misal, los evangelios, un salterio, un antifonario, un martirologio y un leccionario. En el siglo XIII, cuando declina la fundación de monasterios, muchos *scriptoria* decaen o desaparecen, y la producción de manuscritos se irá desplazando a las ciudades y universidades. En España, fueron unos quinientos monasterios los que se fundaron, en muchos de los cuales se creó un escritorio, donde se iban copiando tanto libros eclesiásticos como de la antigüedad clásica para la enseñanza del latín. Los centros más famosos fueron los de Santo Toribio de Liébana, León, Oviedo, Toledo, Ripoll, Sahagún, Cardeña, Silos o San Millán.

En el siglo XV se produce el desplazamiento de los focos de estudio de las escuelas y monasterios al ambiente mundano de las cortes y bibliotecas señoriales. La lectura se difunde en los estamentos laicos de la sociedad y se pone al alcance de una aristocracia culta, dejando de ser patrimonio exclusivo de los letrados profesionales. Esa situación da lugar a la aparición de magníficas bibliotecas señoriales, de las que tenemos amplia noticia. La mayoría son de uso personal y de características diferentes a las monásticas, catedralicias y conventuales. En España hubo varias importantes, como la Fernán Pérez de Guzmán, la de don Enrique de Villena, la del conde de Haro, la del Marqués de Santillana y naturalmente la de los reyes de Castilla, de Juan II a Isabel la Católica.

Famosa fue la biblioteca que a mediados del siglo XV formó en su palacio de Guadalajara don Íñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana. Estaba constituida por decenas de cuidados manuscritos miniados y ornamentados con su escudo de armas y su lema, en los que se recogía lo más selecto y avanzado del saber de la época. Allí mantenía un auténtico taller literario, compuesto por doctores y maestros en ciencias y letras, así como traductores, copistas y artistas que trabajaban en la biblioteca. Para ésta hizo traer de Italia las mejores versiones de los clásicos latinos e italianos, muchas de las cuales mandó traducir en lengua castellana. En esas tareas colaboraron el capellán Pero Díaz de Toledo, los bachilleres Antón de Zorita, Juan de Salcedo y Alonso de Zamora, su secretario Diego de Burgos, o su escudero Martín de Ayala. Entre los especialistas que allí trabajaban, copistas de manuscritos, traductores, miniaturistas e iluminadores o encuadernadores, se encontraba también el pintor Jorge Inglés que, aparte el *Retablo de los Gozos de Nuestra Señora*, ejecutó las miniaturas de varios códices.

En el proceso de copia y producción del libro, lo habitual es que el original se haya perdido y se conserven sólo alguna o algunas copias. A cada una de esas copias se les da el nombre de *testimonio*. Y en ellas se producen habitualmente los errores del copista. El helenista francés Alphonse Dain, autor de un clásico libro sobre el estudio de los manuscritos, tras comprobaciones estadísticas, estimó que un copista corriente, al reproducir un texto medianamente alterado, deja escapar una falta por página. Naturalmente, en cada copia sucesiva se irán introduciendo nuevos errores, por lo que el número de estos va aumentando en progresión ascendente.

Las causas por las que se producen dichos errores de copia son muy diversas. Unas podríamos decir que son externas al acto de escritura y

## Copista

otras que son internas, puesto que las lleva consigo el propio acto de escribir. Entre las primeras, habrá que contar con las características del propio modelo, las condiciones de la copia, la aptitud del copista, etc. Lógicamente la extensión y dificultad del modelo, así como las circunstancias en que se realiza la copia influirán en todo el proceso. Un texto largo y complicado termina ocasionando la fatiga y falta de atención de quien copia, que al final de la jornada, como confesaba Gonzalo de Berceo, se resiente de la dureza y dificultad del oficio: “los días son non grandes, anochezrá privado, / escribir en tinierbra es un mester pesado” (*Vida de Santa Oria*, c. 10).

Otras veces los errores obedecen a causas internas, derivan, como decíamos, del acto mismo de escritura. En éste, se producen al menos cuatro operaciones distintas: la lectura del modelo, la memorización del texto, el dictado interior y la ejecución manual. Cada una de ellas da lugar a errores diversos, visuales, mnemónicos, psicológicos o mecánicos. Hay que tener en cuenta que el acto de leer era una operación bastante compleja en los tiempos antiguos, casi siempre se producía en voz alta o acompañada de movimientos de labios y de gestos. Por eso sorprende tanto a San Agustín el modo en que leía San Ambrosio: “Pero cuando leía, llevaba los ojos por los renglones y páginas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni movía los labios ni su lengua pronunciaba una palabra” (*Confesiones*, VI, 3,3).

Errores de lectura se producen, en efecto, en el momento de la ejecución manual de la copia, bien por la dificultad de transcripción y trazo de determinados signos, bien por simplificación o por repetición de signos. Puede producirse entonces confusión de números por letras, confusión de abreviaturas o de trazos de letras. Los simples descuidos del copista, originados quizá por el cansancio de la jornada, pueden producir el cambio de una letra por otra, con lo que en realidad se lee una palabra distinta. Errores mnemónicos se producen en la breve memorización del pasaje o fragmento que se va a copiar inmediatamente. Ocurren así olvidos momentáneos que provocan rápidas rectificaciones mentales, lo que da lugar a omisiones o a alteraciones y transposiciones de letras o de palabras. En el dictado interior, en el momento en que repite interiormente lo que acaba de leer y va a pasar a transcribirlo, el copista puede incurrir también en errores debidos a asociaciones mentales que en ese momento se producen con sus propios hábitos y peculiaridades lingüísticas, y que así trasladará a

lo escrito (dialectalismos, fenómenos de ceceo y seseo, transcripción de diptongos, etc.). Por último, en la vuelta de la copia al modelo suele ocurrir un tipo de error muy común, como es el de las omisiones y transposiciones de grupos de palabras o fragmentos enteros producidas por saltos de lo mismo a lo mismo, por semejanza entre letras, sílabas o palabras.

Los errores a que dan lugar esas distintas operaciones se clasifican en cuatro categorías generales, que corresponden a las cuatro categorías modificativas clásicas: por adición, por omisión, por transmutación o cambio de orden, y por sustitución o inmutación. Los errores por adición consisten muchas veces en un simple añadido de letras. Pero con frecuencia, son de carácter repetitivo y ocurren mayoritariamente con letras y sílabas. Para designarlos, se emplea entonces el nombre genérico de *ditografía* (del gr. *dittós* 'doble' y *graphé* 'escritura') o *duplografía*. Los errores más frecuentes, sin embargo, son los de omisión, aquellos en que el copista elimina una letra, una sílaba, una palabra o un grupo de palabras, más o menos extenso, debido a la semejanza que se produce con la letra, sílaba o palabra contiguas. Cuando se trata de sílabas o palabras, se le da el nombre de *haplografía* (del gr. *haplóos* 'simple' y *graphé* 'escritura'). Si lo que se omite es un grupo de palabras o un fragmento de texto, hablamos de *homoioteleuton* (del gr. *hómoios* 'semejante' y *teleuté* 'final') o salto de igual a igual o de lo mismo a lo mismo.

Los errores por alteración suceden cuando el copista cambia el orden de algún elemento gramatical, produciéndose así transposiciones de sílabas, palabras o frases. Muchas veces ocurren como lectura más fácil por parte del copista, que no entiende bien *aquel* lugar del modelo. Los errores por sustitución son muy numerosos; en ellos normalmente el copista cambia una palabra por otra, bien porque no entiende la del modelo y la interpreta por su cuenta (en general, trivializándola), bien por atracción o semejanza con otra próxima a su sentido o a su forma.

El copista, como se desprende de lo hasta aquí dicho, ha sido una pieza fundamental en la transmisión de la cultura occidental. Él intervino decisivamente en la preservación de los textos e impulsó activamente la producción y comercio del libro, que hizo llegar a bibliotecas y centros de estudio. Sin embargo, como tarea humana que era la suya, no estuvo exenta de imperfecciones. Tales fueron los errores mencionados, que han pasado a ser paradójicamente la base de la ciencia filológica, cuyo objetivo es exactamente la restauración del texto en su pureza originaria, sin corrupciones ni alteraciones.

## BIBLIOGRAFÍA

- D'Arco Silvio Avalle, *Principi di critica testuale*, Roma-Padua, Antenore, 2002 [1972];
- Rudolf Beer, *Els manuscrits de Santa María de Ripoll [1907-1908]*, trad. cat., Barcelona, Casa Provincial de Caritat, 1910;
- Guglielmo Cavallo (ed.), *Libri e lettori nel medioevo. Guida storica e critica*, Roma, Laterza, 1983;
- Trevor J. Dadson, *Libros, lectores y lecturas. Estudios sobre bibliotecas particulares españolas del Siglo de Oro*, Madrid, Arco Libros,
- Alphonse Dain, *Les manuscrits*, París, Les Belles-Lettres, 1975, 3ª;
- Louis Havet, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latins*, París, Hachette, 1911;
- C. H. Lawrence, *El monacato medieval. Formas de vida religiosa en Europa occidental durante la Edad Media [1984]*, trad. esp., Madrid, Gredos, 1999;
- Agustín Millares Carlo, *Introducción a la historia del libro y de las bibliotecas*, México, Fondo de Cultura Económica, 1971;
- Miguel Ángel Pérez Priego, *La edición de textos*, 2ª ed. ampliada y actualizada;
- Francisco Rico, *En torno al error. Copistas, tipógrafos, filologías*, Madrid, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2004;
- Aurelio Roncaglia, *Principi e applicazioni di critica testuale*, Roma, Bulzoni, 1975;
- Leighton D. Reynolds y Nigel G. Wilson, *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, trad. esp., Madrid, Gredos, 1986;
- Elisa Ruiz, *Manual de codicología*, Madrid, Fundación Germán Sánchez Ruipérez, 1988;
- Manuel Sánchez Mariana, *Introducción al libro manuscrito*, Madrid, Arco Libros, 1995;
- Mario Schiff, *La bibliothèque du Marquis de Santillane. Étude historique et bibliographique de la collection de livres manuscrits de D. Íñigo López de Mendoza, 1398-1458, Marqués de Santillana, Conde del Real Manzanares humaniste et auter espagnol célèbre*, Amsterdam [Paris], Gérard Th. van Heusden, 1970 [1905].

Miguel Ángel PÉREZ PRIEGO

UNED. Madrid.